CESAR VALLEJO

ESPAÑA, APARTA DE MI ESTE CALIZ



LIMA - PERU

CESAR VALLEJO

ESPAÑA, APARTA DE MI ESTE CALIZ



LIMA - PERU

Impreso por la Editora PERU NUEVO
León Velarde 731 - 739 Telf. 29205
LIMA - PERU
1961

PROFECIA DE AMERICA

(Palabras preliminares por JUAN LARREA)

CESAR VALLEJO, el poeta peruano cuya figura domina una extensión de tiempo y de espacio literarios tan dilatada como todavía imposible de determinar, ha muerto en París después de lentos años de vida difícil, inaparente, miserable.

Bajo el cincel de espuma de una respiración entrecortada, entre agonía, estos mismos ojos que tanto le vieron vivir, fueron llamados a contemplar cómo de aquel último bloque de agitada angustia iba naciendo su instintiva, su dominadora estatua.

De este modo, el día 15 de abril se verificó ante nosotros una gran obra del espíritu. La convulsa y desde hoy imperecedera voz de los Andes elevada sobre un cataclismo de contratiempos y fracasos a la categoría de artículo de suprema taciturnidad, aquella voz en cuya entraña se respira la naturaleza íntegra y la configuración del drama geológico de un continente en donde el hombre adquirió un sentido primordial del ritmo al extraer la música contenida en la «quena» de sus huesos, se había ido al fondo de su silencio, de ese omnímodo silencio necesario al esplendor de su universo expresivo. La anexión verbal de los Andes pudo darse allí por consumada. Porque así como Darío, en el proceso de universalización espiritual del castellano, puede decirse que tradujo Centroamérica al español al volcar sobre nuestro idioma la magnificencia y suntuosidad de su trópico de abundancia, Vallejo ha vertido al lenguaje hispánico el extracto planetario de la cordillera andina,

sus derrumbes, angosturas y pedregosidades, sus arideces y altas tensiones, sus libertades sísmicas, sus oasis de infinita ternura y, sobre todo, esa su vertical soledad suspendida como una plomada del hilo de luz delgado y pleno que pone allí al sentido en comunicación con el foco creador más puro. Nunca, nunca, en lo que va de mundo, ni aun incluyendo el clamor de los profetas bíblicos, se ha oído un acento más embargado por la materia exclusiva del hombre, una más expresa vocación de muerte. Voz enteramente proletaria, a ras de infortunio, en la que se han concentrado los tesoros ascéticos del pedernal golpeado hasta la flagrante efusión de espíritu.

Cuántas veces los que fueron amigos de César Vallejo en Europa, los que le vieron venir después de publicar en Lima sus dos libros de poemas, HERALDOS NEGROS y TRILCE, se preguntaron: ¿Por qué esta voz tan originalmente despojada, esta voz de cadáver en embrión en la que tienen ya cadencia y ritmo las descomposiciones andinas del silencio, habrá dejado su patria donde se encuentra su natural y proporcionado escenario? ¿Por qué César Vallejo con su frente cortada a pico sobre los precipicios de un mundo adverso, con sus ojos tan sobrios, tan puntuales, tan exactos, su pingüe nariz de orquídea en bruto contrastando con la cuadratura radical y descarnada de su mandíbula, busca en Europa las vicisitudes de una vida gobernada visiblemente por una razón exótica?

Los acontecimientos fueron dando poco a poco respuesta a estas preguntas. Enviado extraordinario de un mundo y de una raza extraños, vino aquí, por lo pronto, a colmar su desmedida capacidad de dolor, a darse cuenta de hasta qué extremo en occidente puede llegar el hombre a sentirse material y moralmente desdichado; vino aquí a confrontar su suma y compendio de humanas temperaturas con la destemplada senilidad de esta civilización cuyo mezquino oleaje redúcese a lamer los pies de la tristeza; vino, sobre todo, a levantar acta de cómo para él y para cuanto su personalidad significaba, no había lugar en el convite. Desde la ventana de su

cuarto de hotel, durante muchos años, Vallejo ha contemplado París con una encendida voluntad de amor y todas las mañanas encontrábase con un alba usada, de segunda mano, vivida y revivida, impropia a todas luces para satisfacer su anhelo. Subió y bajó así repetidas veces los escalones todos de la pobreza; fue acumulando cotidianismo civil, sinsabores y adversidades innúmeras, hambres de toda suerte, esa suma de desvalimentos que constituyen el ritual obsesivo de la miseria cuando ésta se convierte en el eje de una vida, en algo así como el alfiler que inmoviliza a la mariposa y del que nunca, por más que aletee, podrá libertarse. De tan trabajosa gestación fue naciendo el sentido dè su existencia, plasmándose su drama interior con la amargura como protagonista. Su vena poética, cuyo caudal había acusado desde su llegada a Europa muy graves disminuciones, se dirige a pasos de crepúsculo hacia una extinción que parece cada vez más ineludible.

Años 23, 24, 25, inviernos ateridos, con domicilio intermitente y alimentación incierta, sin ropa con que abrigarse. Años 26, 27, 28, de crisis interior, de forcejeo contra otra especie más correosa si cabe de la miseria. Los versos que por excepción escribe entonces limítanse a presentar al vivo lo que pudiera llamarse su materia orgánica, su fibrosa estructura, contrayéndose a ser, en lugar de ramos floridos, astillas quebradas, desiguales, punzantes, testimonio directo del destrozadísimo estado en que se halla su psiquismo. Nadie como Vallejo ha ilustrado quizá el hecho de que sea un solo el conducto natural que sirve a la expresión verbal del pensamiento y a la ingestión alimenticia de que depende el animal hombre. Reflejando la profunda dualidad de funciones que entraña esa confluencia, resolviendo su antagonismo, la garganta de Vallejo entreteje poesía y hambre trillando caminos por los que la Palabra sale en busca de un trozo de pan con que acallar un ansia en la que no es fácil discernir cuál hambre predomina, si el hambre corporal o el hambre del espíritu. Llega así un momento en que, alterados los conceptos, la noción hombre parece reducirse a ser la compañera

inseparable, complementaria, en relación de macho a hembra, de la voz hambre, *del hambre en la plenitud de sus acepciones.*

Diaria derrota victoriosa la de su voluntad, que va determinando insensiblemente la trayectoria natural de su destino. Otro género de cuidados empieza por entonces a reclamar su atención. En pugna con un medio envolventemente hostil, víctima del planteamiento de una operación vital que no estaba en manos de nadie, ni aun de sus más allegados, ni evitar, ni torcer, fue tomando cuerpo en su conciencia una esperanza tan antigua como el hombre, aunque conformada a las especies históricas actuales; la esperanza en un más allá humano, en un mundo mejor, dentro de cuyo organismo no pudieran darse ni los individuos ni los pueblos víctimas. Preocupaciones de carácter político-social absorben automáticamente sus días y sus noches. Siendo en parte el agente expresivo de un pueblo estancado, explotado socialmente, retenido al margen de la civilización, ¿cómo podía no volverse Vallejo hacia la esperanza que hoy se ofrece a cuantos son capaces de concebir el acceso a una existencia menos gravemente injusta? Por el juego natural de sus coordenadas vitales abraza Vallejo la causa de la revolución y, luego de un detenido estudio de sus teorías, ingresa en el partido que a ella conduce por el camino a su juicio más corto. Este paso vendrá a acarrearle durante la etapa que inaugura un suplemento de persecuciones y nuevas desdichas. Como consecuencia se verá forzado a trasladarse a España y allí presenciará el año 31 —admirable oportunidad—, la proclamación de la República y supeditará su tranquilidad personal a las exigencias de una actividad política específicamente revolucionaria. Su persona ingresa entonces de un modo concreto dentro del campo gravitatorio del destino hispánico, con cuyos hondos designios puede decirse que hace para siempre causa común.

Para sustanciar exactamente el espíritu que anima, antes y después de sus dos años de permanencia en España, la obra y la vida de Vallejo, se hace preciso considerarle en su relatividad constitutiva, en la función que desempeña dentro del cuadro orgánico de fac-

tores con los que convive y se articula. Basta un ligero examen para darse cuenta de que el núcleo central de su temperamento ofrece una singular analogía con ese complejo infantil que la colonización española dejó sin resolver en el Nuevo Mundo, complejo que tiende por la fuerza de las cosas a ser reabsorbido, que busca su propia desaparición, su muerte. Madre y muerte son precisamente los temas que centran la obra poética de Vallejo. Muchas veces antes de ahora he pensado que el tono tan profundo, tan inaudito y pujante con que en los labios de Vallejo resonaba el recuerdo de su madre muerta, de su «muerta inmortal», encerraba poéticamente una resonancia extranjera, por su magnitud, a la realidad particular del individuo. Parecíame que por su lengua se expresaba proféticamente el contenido espiritual de una gran masa humana, de la cual ese tema fuera el denominador común, ya que si las razas que poblaban el continente americano fueron ganadas a la civilización pre-universal por obra española, fueron dejadas por ella a medio ganar, en ese comprometido instante en que la criatura no puede valerse por sí misma, en poder de un mundo inicuo cuyo sistema económico-social exige, en beneficio de sus clases privilegiadas, que la mentalidad de los más no adquiera desarrollo sino en la parva y desalmada medida en que sirve mejor a los intereses de aquel estado de cosas. Así, pues, me parecía que en el sentimiento que despertaba en Vallejo el nombre de su madre, se manifestaba la presencia verbal e impersonal de la entidad poética que se ha dado en llamar Madre España.

Los acontecimientos de esta última temporada han robustecido la anterior hipótesis hasta conferirle caracteres de evidencia. Pronto hará dos años que el mundo hispánico ha entrado en convulsión. El pueblo español, inocente y en legítima posesión de su doble derecho material y moral, es víctima de una guerra desencadenada por los intereses de esas mismas clases sociales que gozan de las rentas que produce la esclavitud de los pueblos americanos. Vallejo siente sublevarse su ser ante el espectáculo atroz del pueblo agredido, asesinado. No solamente se subleva en él su ideología,

el complejo infantil de América, el cual como se ha dicho tiende a ser eliminado, muerto.

Escúchese la gran congoja expresada en los primeros versos de su «HIMNO A LOS VOLUNTARIOS DE LA REPUBLICA»:

Voluntario de España, miliciano
de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón
cuando marcha a matar con su agonía
mundial, no sé verdaderamente
qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo,
lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo
a mi pecho que acabe, al bien, que venga,
y quiero desgraciarme;
descúbrome la frente impersonal hasta tocar
el vaso de la sangre; me detengo,
detienen mi tamaño esas famosas caídas de arquitecto
con las que se honra el animal que me honra;
refluyen mis instintos a sus sogas,
humea ante mi tumba la alegría,
y, otra vez, sin saber qué hacer, sin nada, déjame,
solo, cuadrumano, más acá, mucho más lejos,
al no caber entre mis manos tu largo rato extático,
quiebro contra tu rapidez de doble filo
mi pequeñez en traje de grandeza!

Hele aquí, pues, identificado con el VOLUNTARIO DE ESPAÑA, cuyo corazón marcha a morir, «a matar con su agonía mundial»; hele aquí en su huerto de los olivos diciendo a su «pecho que acabe» en holocausto ofrecido voluntariamente sobre la piedra en blanco de su tumba.

Y, en efecto, a partir de ese instante la agonía tácita y solapada que en él está teniendo lugar desde hacía años, entra en un período de actividad perceptible. Es presa en un principio de una larga desgana; prende luego en su sangre una fiebrecilla que aunque

tienda a ir en aumento no altera la tranquilidad de los doctores. Aseguran éstos que no es cosa alguna de cuidado; mas no por ello deja la fiebre de seguir creciendo, obligándole a guardar cama. Varias semanas transcurren de este modo. Los análisis clínicos a que se someten todos sus humores no arrojan ningún resultado. ¡Nada! (¡Nada! Mas no para el voluntario de España donde se ha desencadenado la terrible ofensiva aragonesa). *Es trasladado a una clínica y en ella siguen los análisis, las radiografías, los hemocultivos. ¡Nada!* (¡Nada! Pero en la lucha del hombre contra la máquina, la motorización italo-germánica ha roto el dique de pechos que le oponía el pueblo español, las legiones agresoras se derraman por el territorio violado y la aviación del crimen destroza espantosamente Barcelona). *Van viniendo las consultas, las dudas, las inquietudes, las agravaciones. ¡Nada!* (¡Nada! Pero las cohortes romanas, validas de su fuerza, y con el lavatorio de manos de otras naciones, obligan al pueblo inocente a subir a su calvario). *Hace ya un mes que los rostros reflejaron la primera alarma, un mes de pasos de puntillas en que la fiebre no ha dejado de oscilar entre 40 y 41 grados, cuando por fin, contra todo y contra todos, César Vallejo expira sin que la ciencia médica haya podido determinar ni antes ni después la causa material de su muerte.*

Poeta en el alto sentido de la palabra, Vallejo ha muerto de su muerte natural, que en realidad no es muerte sino voluntad de Vida. Como el fruto que madura al llegar su estación justa, Vallejo en íntima correspondencia con el clima humano que pauta y distribuye la actualidad del mundo, había ido almacenando en su cuarto de hotel y llevado a sazón los amargos azúcares de su vida de símbolo. El que es voz de un pueblo y de una raza víctima, de un complejo vital relacionado con el destino hispánico, él cuya obra tras una aparente impiedad atesora no sólo la esencia sino innumerables alusiones al drama cristiano, cuya realidad profunda fuera vano desconocer, él que pedía a España el alejamiento de su cáliz, ha dejado de existir el día de Viernes Santo, el día en que se conmemora la trascendencia mortal de la víctima que ha de

resucitar y el mismo día en que las legiones italianas, siguiendo el curso del río español que «va a dar en la mar que es el morir», llegan, como una lanzada en el costado, a las orillas mediterráneas. ¡Cuán coherente y llena de significaciones se manifiesta esta coincidencia múltiple! ¡Cómo adquiere sentido y se transfigura así su «ESPAÑA, APARTA DE MI ESTE CALIZ»! Por eso, si la ciencia médica ignora la causa material de su muerte, el pensamiento poético sabe que Vallejo ha muerto de España —figura histórica de universalidad—, o sea, que ha «muerto de universo», como él mismo dice, y que en las manos de España ha entregado su espíritu.

Hora vendrá en que podrá hacerse una disección más detallada y extensa del admirable fenómeno poético en que se orbita la vida y la muerte de Vallejo. Bástenos saber hoy que su corazón se ha prestado a «matar con su agonía», participando así de modo directo en el magno proceso vital que se desarrolla en la península ibérica donde el Nuevo Mundo, que constituye la médula espiritual del pueblo español, hace acto de alborada, espiritual y materialmente, respondiendo al «más allá» heráldico de su escudo.

—Me voy a España, repetía horas antes de su muerte. —Me voy a España, articulaba a través de su agonía la bronca voz de América. El sentido recóndito de su vida hacía así aparición, se revelaba, respondiendo a aquellas antiguas preguntas por medio de las circunstancias que caracterizaron su fallecimiento. ¿No lo había anunciado él mismo cuando escribió: «En suma, no poseo para expresar mi vida sino mi muerte?».

La figura de César Vallejo corresponde, sin duda, a un concepto distinto al que el común sentir designa con el vocablo poeta. No es un cantor sino un instrumento de la poesía viva, la cual, si se expresa en parte por medio de sus palabras, se autentifica, corroborando su carácter creador, al manifestarse complementariamente a través de los actos extra-voluntarios de su persona, convertida en encarnación ilustrativa del tema poético del mundo. De esa realidad profunda a que obedecía él mismo, no tenía quizá más conciencia que la inefable noción filtrada a través de su sensibilidad

propia. Su vida participa, pues, de aquella condición profética de la mejor tradición, que estos últimos siglos parecía exclusiva de los fenómenos religiosos. Puede ser esto así porque la historia se encuentra en los albores del Nuevo Mundo y César Vallejo, venido a más en estas latitudes de esperanza, es un emisario de América cuya misión ha consistido en dar, en lenguaje de Nuevo Mundo, testimonio de Nuevo Mundo, calificando con su presencia la significación de los acontecimientos que se desarrollan en España. América, América, de tu pueblo nos viene esta luz de hombre enardecido, esta lumbre que al desvanecer el complejo infantil en él representado, descubre el camino conducente al alba universal en que han de triunfar todos los pueblos.

Mucho has sufrido, César, oscuro héroe de renunciación y vida agarrotada. Mas sólo los que como tú han amado la humanidad hasta el hueso derretido de su desventura, los que han creído en la justicia de su causa contra el desencadenamiento de los poderes infernales de destrucción y de muerte, los que se han negado a sí mismos para que la verdad, que es de todos, afirme positivamente su presencia, pueden concebir los tesoros espirituales que frente al espiritualismo huero, egolátrico y criminal, que mueve a las hordas exterminadoras llamadas nacionalistas, guarda ese umbral a que conduce hoy tu gran silencio. Esencialmente cristiano, en su verdad profunda, era, César, el espíritu de profecía que te inspiraba. ¿No fuiste tú mismo el que escribió hace veinte años?:

> *Amada: en esta noche tú te has crucificado*
> *sobre los dos maderos curvados de mi beso,*
> *y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado*
> *y que hay un viernesanto más dulce que ese beso;*
> *En esta noche rara que tanto me has mirado*
> *la Muerte ha estado alegre y ha cantado en su hueso.*

EL VIERNESANTO DULCE por cesación de dolores, el de la MUERTE ALEGRE, anunciado por tus aquellos HERALDOS NE-

GROS, ha sido este de 1938. Tenías cuarenta y cuatro años, amabas a España, creías en la revolución sobre todas las cosas y por tu voz de América, triunfando de la Muerte, se expresaba América. No tardará en ser oída, hermano.

JUAN LARREA.

(París, mayo 1937).

Post scriptum.

NO HACE aún dos años que murió César Vallejo. Mas han bastado para ver cómo algunos de los aspectos de la Profecía que animaba su persona se han cumplido. Como él, España ha muerto. La voluntad popular de España, el Ser que emana de su realidad profunda, se ha ofrecido como víctima en la cruz formada por su tendencia a la universalidad al tropezar contra la oposición de un despiadado nacionalismo. Y ha sido muerta, asesinada, con pretexto de sus defectos accesorios y de situaciones que sus enemigos deliberadamente provocaron, por la coalición de iniquidad en que intervinieron sin excepción todas las grandes naciones europeas.

Ha muerto la MADRE. Ha muerto sola, después de apurar su cáliz de amargura, sin más asistencia que el desconsuelo de los pueblos que en ella tenían puestos los ojos. Ha rendido públicamente su espíritu, ha entregado al universo su Voluntad de Vida, su alma vivificadora. Y ha muerto perfeccionando sus enseñanzas, revelando la verdad que ha de conferir a sus hijos su natural mayoría y con ella la capacidad de llevar a buen término su amorosa empresa. Por ella sabemos decisivamente que ese viejo mundo, esa llamada civilización de que con tanta arrogancia se jactan los hombres impíos, no es tal, sino un mentiroso simulacro. Y sabemos que si ha de instaurarse en la tierra el reino esplendoroso de la Justicia, es necesario buscar esa civilización, hijas de América, en vosotras mismas, en vuestro crecimiento, entidades de nuevo mundo, herederas forzosas de su espíritu. Ni a ese más allá pudo por el momento tener acceso territorialmente España, ni en él pudo penetrar César

Vallejo, retenido en su umbral por encarnar el complejo infantil del nuevo continente.

Hacia ese más allá España ha lanzado al morir su validez materna. Por eso, así como tú, César, viniste al viejo mundo a morir por España y con España, nosotros hemos venido a vivir por América y con América al mundo nuevo. Aquí estamos por la fuerza trascendental de las cosas, soldados del espíritu, templados en un agua universal de amargura. Aquí estamos con voluntad de niños pequeños después de despojarnos libremente de todo, clamando de hambre y sed de Justicia. Aquí estamos en México, en Chile, en Colombia, en Venezuela, dando los primeros pasos hacia el reinado de la Humanidad triunfante por el camino que la Palabra nos trazó valiéndose de tu encendido acento:

> *«Si la madre España cae —digo, es un decir—*
> *salid, niños del mundo; id a buscarla».*

J. L.

(México, diciembre, 1939).

Una primera edición de este libro, compuesta y tirada por los soldados republicanos del Ejército del Este, sobre papel fabricado por los mismos soldados, estaba a punto de ser publicada cuando ocurrió el desastre de Cataluña. Allí quedóse en rama, sin que lograra salvarse ningún ejemplar, suponiéndose que debió ser destruida por los enemigos del pueblo español. *

* *Esta nota, así como PROFECIA DE AMERICA, de Juan Larrea y la propia versión de ESPAÑA, APARTA DE MI ESTE CALIZ, corresponden a la primera edición publicada en México, D. F., por la Editorial Séneca (Colección Lucero), en 1940.*

ESPAÑA, APARTA DE MI ESTE CALIZ

HIMNO A LOS VOLUNTARIOS DE LA REPUBLICA

VOLUNTARIO de España, miliciano
de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón,
cuando marcha a matar con su agonía
mundial, no sé verdaderamente
qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo,
lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo
a mi pecho que acabe, al bien, que venga,
y quiero desgraciarme;
descúbrome la frente impersonal hasta tocar
el vaso de la sangre, me detengo,
detienen mi tamaño esas famosas caídas de arquitecto
con las que se honra el animal que me honra;
refluyen mis instintos a sus sogas,
humea ante mi tumba la alegría
y, otra vez, sin saber qué hacer, sin nada, déjame,
desde mi piedra en blanco, déjame,
solo,
cuadrumano, más acá, mucho más lejos,
al no caber entre mis manos tu largo rato extático,
quiebro contra tu rapidez de doble filo
mi pequeñez en traje de grandeza!

Un día diurno, claro, atento, fértil
¡oh bienio, el de los lóbregos semestres suplicantes,
por el que iba la pólvora mordiéndose los codos!
¡Oh dura pena y más duros pedernales!
¡Oh frenos los tascados por el pueblo!
Un día prendió el pueblo su fósforo cautivo, oró de cólera
y soberanamente pleno, circular,
cerró su natalicio con manos electivas;
arrastraban candado ya los déspotas
y en el candado, sus bacterias muertas...
¿Batallas? ¡No! ¡Pasiones! Y pasiones precedidas
de dolores con rejas de esperanzas,
¡de dolores de pueblo con esperanzas de hombres!
¡Muerte y pasión de paz, las populares!
¡Muerte y pasión guerreras entre olivos, entendámonos!
Tal en tu aliento cambian de agujas atmosféricas los vientos
y de llave las tumbas en tu pecho,
tu frontal elevándose a primera potencia de martirio.

El mundo exclama: "¡Cosas de españoles!" Y es verdad.
(Consideremos,
durante una balanza a quema ropa,
a Calderón, dormido sobre la cola de un anfibio muerto,
o a Cervantes, diciendo: "Mi reino es de este mundo, pero
también del otro": ¡punta y filo en dos papeles!
Contemplemos a Goya, de hinojos y rezando ante un espejo,
a Coll, el paladín en cuyo asalto cartesiano
tuvo un sudor de nube el paso llano,
o a Quevedo, ese abuelo instantáneo de los dinamiteros,
o a Cajal, devorado por su pequeño infinito o, todavía
a Teresa, mujer, que muere porque no muere,
o a Lina Odena, en pugna en más de un punto con Teresa...
(Todo acto o voz genial viene del pueblo
y va hacia él, de frente o trasmitidos

por incesantes briznas, por el humo rosado
de amargas contraseñas sin fortuna).
Así tu criatura, miliciano, así tu exangüe criatura,
agitada por una piedra inmóvil,
se sacrifica, apártase,
decae para arriba y por su llama incombustible sube,
sube hasta los débiles,
distribuyendo españas a los toros,
toros a las palomas...

Proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía
acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente,
tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana
dantesca, españolísima, de amar, aunque sea a traición, a tu
(enemigo!
Liberador ceñido de grilletes,
sin cuyo esfuerzo hasta hoy continuaría sin asas la extensión,
vagarían acéfalos los clavos,
antiguo, lento, colorado, el día,
¡nuestros amados cascos, insepultos!
Campesino caído con tu verde follaje por el hombre,
con la inflexión social de tu meñique,
con tu buey que se queda, con tu física,
también con tu palabra atada a un palo
y tu cielo arrendado
y con la arcilla inserta en tu cansancio
y la que estaba en tu uña, caminando!
Constructores
agrícolas, civiles y guerreros,
de la activa, hormigueante eternidad: estaba escrito
que vosotros haríais la luz entornando
con la muerte vuestros ojos;
que, a la caída cruel de vuestras bocas,
vendrá en siete bandejas la abundancia, todo

en el mundo será de oro súbito
y el oro.
fabulosos mendigos de vuestra propia secreción de sangre,
y el oro mismo será entonces de oro!

Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!
Descansarán andando al pie de esta carrera,
sollozarán pensando en vuestras órbitas, venturosos
serán y al son
de vuestro atroz retorno, florecido, innato,
ajustarán mañana sus quehaceres, sus figuras soñadas y cantadas!
Unos mismos zapatos irán bien al que asciende
sin vías a su cuerpo
y al que baja hasta la forma de su alma!
Entrelazándose hablarán los mudos, los tullidos andarán!
Verán, ya de regreso, los ciegos
y palpitando escucharán los sordos!
Sabrán los ignorantes, ignorarán los sabios!
Serán dados los besos que no pudísteis dar!
Sólo la muerte morirá! La hormiga
traerá pedacitos de pan al elefante encadenado
a su brutal delicadeza; volverán
los niños abortados a nacer perfectos, espaciales
y trabajarán todos los hombres,
engendrarán todos los hombres,
comprenderán todos los hombres!

Obrero, salvador, redentor nuestro,
¡perdónanos, hermano, nuestras deudas!
Como dice un tambor al redoblar, en sus adagios:

¡qué jamás tan efímero, tu espalda!
¡qué siempre tan cambiante, tu perfil!

Voluntario italiano, entre cuyos animales de batalla
un león abisinio va cojeando!
Voluntario soviético, marchando a la cabeza de tu pecho
(universal!
Voluntarios del sur, del norte, del oriente
y tú, el occidental, cerrando el canto fúnebre del alba!
Soldado conocido, cuyo nombre desfila en el sonido de un
[abrazo!
Combatiente que la tierra criara, armándote
de polvo,
calzándote de imanes positivos,
vigentes tus creencias personales,
distinto de carácter, íntima tu férula,
el cutis inmediato,
andándote tu idioma por los hombres
y el alma coronada de guijarros!
Voluntario fajado de tu zona fría,
templada o tórrida,
héroes a la redonda,
víctima en columna de vencedores:
en España, en Madrid, están llamando
a matar, voluntarios de la vida!

Porque en España matan, otros matan
al niño, a su juguete que se para,
a la madre Rosenda esplendorosa,
al viejo Adán que hablaba en alta voz con su caballo
y al perro que dormía en la escalera.
Matan al libro, tiran a sus verbos auxiliares,
a su indefensa página primera!
Matan el caso exacto de la estatua,

al sabio, a su bastón, a su colega,
al barbero de al lado —me cortó posiblemente,
pero buen hombre y, luego, infortunado;
al mendigo que ayer cantaba enfrente,
a la enfermera que hoy pasó llorando,
al sacerdote a cuestas con la altura tenaz de sus rodillas...

Voluntarios,
por la vida, por los buenos matad
a la muerte, matad a los malos!
Hacedlo por la libertad de todos,
del explotado y del explotador,
por la paz indolora— la sospecho
cuando duermo al pie de mi frente
y más cuando circulo dando voces
y hacedlo, voy diciendo,
por el analfabeto a quien escribo,
por el genio descalzo y su cordero,
por los camaradas caídos,
sus cenizas abrazadas al cadáver de un camino!

Para que vosotros,
voluntarios de España y del mundo, viniérais,
soñé que era yo bueno, y era para ver
vuestra sangre, voluntarios...
De esto hace mucho pecho, muchas ansias,
muchos camellos en edad de orar.
Marcha hoy de vuestra parte el bien ardiendo,
os siguen con cariño los reptiles de pestaña imanente
y, a dos pasos, a uno,
la dirección del agua que corre a ver su límite antes que arda.

II

HOMBRE de Extremadura,
oigo bajo tu pie el humo del lobo,
el humo de la especie,
el humo del niño,
el humo solitario de dos trigos,
el humo de Ginebra, el humo de Roma, el humo de Berlín
y el de París y el humo de tu apéndice penoso
y el humo que, al fin, sale del futuro.
¡Oh vida! ¡Oh tierra! ¡Oh España!
¡Onzas de sangre,
metros de sangre, líquidos de sangre,
sangre a caballo, a pie, mural, sin diámetro,
sangre de cuatro en cuatro, sangre de agua
y sangre muerta de la sangre viva!

Extremeño, ¡oh no ser aún ese hombre
por el que te mató la vida y te partió la muerte
y quedarse tan solo a verte así, desde este lobo,
cómo sigues arando en nuestros pechos!
¡Extremeño, conoces
el secreto en dos voces, popular y táctil,
del cereal!: ¡que nada vale tanto
una gran raíz en trance de otra!

¡Extremeño acodado, representando al alma en su retiro,
acodado a mirar
el caber de una vida en una muerte!

¡Extremeño, y no haber tierra que hubiere
el peso de tu arado, ni más mundo
que el color de tu yugo entre dos épocas; no haber
el orden de tus póstumos ganados!
¡Extremeño, dejásteme
verte desde este lobo, padecer,
pelear por todos y pelear
para que el individuo sea un hombre,
para que los señores sean hombres,
para que todo el mundo sea un hombre, y para
que hasta los animales sean hombres,
el caballo, un hombre,
el reptil, un hombre,
el buitre, un hombre honesto,
la mosca, un hombre, y el olivo, un hombre
y hasta el ribazo, un hombre
y el mismo cielo, todo un hombrecito!

LUEGO, retrocediendo desde Talavera,
en grupos de a uno, armados de hambre, en masas de a uno,
armados de pecho hasta la frente,
sin aviones, sin guerra, sin rencor,
el perder a la espalda
y el ganar
más abajo del plomo, heridos mortalmente de honor,
locos de polvo, el brazo a pie,
amando por las malas,
ganando en español toda la tierra,
retroceder aún, y no saber
dónde poner su España,
dónde ocultar su beso de orbe,
dónde plantar su olivo de bolsillo!

MAS desde aquí, más tarde,
desde el punto de vista de esta tierra,
desde el duelo al que fluye el bien satánico,
se ve la gran batalla de Guernica.
¡Lid a priori, fuera de la cuenta,
lid en paz, lid de las almas débiles
contra los cuerpos débiles, lid en que el niño pega,
sin que le diga nadie que pegara,
bajo su atroz diptongo
y bajo su habilísimo pañal,
y en la que la madre pega con su grito, con el dorso de una
[lágrima
y en que el enfermo pega con su mal, con su pastilla y su hijo
y en que el anciano pega
con sus canas, sus siglos y su palo
y en que pega el prebístero con dios!
Tácitos defensores de Guernica,
¡oh débiles,
oh suaves ofendidos,
que os eleváis, crecéis y llenáis de poderosos débiles el mundo!

EN Madrid, en Bilbao, en Santander,
los cementerios fueron bombardeados,
y los muertos inmortales,
de vigilantes huesos y hombro eterno, de las tumbas,
los muertos inmortales, de sentir, de ver, de oír
tan bajo el mal, tan muertos a los viles agresores,
reanudaron entonces sus penas inconclusas,
acabaron de llorar, acabaron
de esperar, acabaron de sufrir, acabaron de vivir,
acabaron, en fin, de ser mortales!

Y la pólvora fue, de pronto, nada,
cruzándose los signos y los sellos,
y a la explosión salióle al paso un paso,
y al vuelo a cuatro patas, otro paso
y al cielo apocalíptico, otro paso
y a los siete metales la unidad,
sencilla, justa, colectiva, eterna.

¡MALAGA sin padre ni madre,
ni piedrecilla, ni horno, ni perro blanco!
¡Málaga sin defensa, donde nació mi muerte dando pasos
y murió de pasión mi nacimiento!
¡Málaga caminando tras de tus pies, en éxodo,
bajo el mal, bajo la cobardía, bajo la historia cóncava, inde-
(cible
con la yema en tu mano: ¡tierra orgánica!
y la clara en la punta del cabello: ¡todo el caos!
¡Málaga huyendo
de padre a padre, familiar, de tu hijo a tu hijo,
a lo largo del mar que huye del mar,
a través del metal que huye del plomo,
al ras del suelo que huye de la tierra
y a las órdenes ¡ay!
de la profundidad que te quería!
¡Málaga a golpes, a fatídico coágulo, a bandidos, a infiernazos.
a cielazos,
andando sobre duro vino, en multitud,
sobre la espuma lila, de uno en uno,
sobre huracán estático y más lila,
y al compás de las cuatro órbitas que aman
y de las dos costillas que se matan!
¡Málaga de mi sangre diminuta
y mi coloración a gran distancia,
la vida sigue con tambor a tus honores alazanes,

con cohetes, a tus niños eternos
y con silencio a tu último tambor,
con nada, a tu alma,
y con más nada, a tu esternón genial!
¡Málaga, no te vayas con tu nombre!
¡Que si te vas,
te vas
toda, hacia ti, infinitamente toda en su total,
concorde con tu tamaño fijo en que me aloco,
con tu suela feraz y su agujero
y tu navaja antigua atada a tu hoz enferma
y tu madero atado a un martillo!
¡Málaga literal y malagueña,
huyendo a Egipto, puesto que estás clavada,
alargando en sufrimiento idéntico tu danza,
resolviéndose en ti el volumen de la esfera,
perdiendo tu botijo, tus cánticos, huyendo
con tu España exterior y tu orbe innato!
¡Málaga por derecho propio
y en el jardín biológico, más Málaga!
¡Málaga en virtud
del camino, en atención al lobo que te sigue
y en razón del lobezno que te espera!
¡Málaga, que estoy llorando!
¡Málaga, que lloro y lloro!

III

SOLIA escribir con su dedo grande en el aire:
"¡Viban los compañeros! Pedro Rojas",
de Miranda de Ebro, padre y hombre,
marido y hombre, ferroviario y hombre,
padre y más hombre. Pedro y sus dos muertes.
Papel de viento, lo han matado: ¡pasa!
Pluma de carne, lo han matado: ¡pasa!
"¡Abisa a todos los compañeros pronto!"

Palo en el que han colgado su madero,
lo han matado;
¡lo han matado al pie de su dedo grande!
¡Han matado, a la vez, a Pedro, a Rojas!

¡Viban los compañeros
a la cabecera de su aire escrito!
¡Viban con esta be del buitre en las entrañas
de Pedro
y de Rojas, del héroe y del mártir!

Registrándole, muerto, sorprendiéronle
en su cuerpo un gran cuerpo, para
el alma del mundo,
y en la chaqueta una cuchara muerta.

Pedro también solía comer
entre las criaturas de su carne, asear, pintar
la mesa y vivir dulcemente
en representación de todo el mundo,
y esta cuchara anduvo en su chaqueta,
despierto o bien cuando dormía, siempre,
cuchara muerta viva, ella y sus símbolos.
¡Abisa a todos los compañeros pronto!
¡Viban los compañeros al pie de esta cuchara para siempre!

Lo han matado, obligándole a morir
a Pedro, a Rojas, al obrero, al hombre, a aquél
que nació muy niñín, mirando al cielo,
y que luego creció, se puso rojo
y luchó con su células, sus nos, sus todavía, sus hambres,
(sus pedazos.
Lo han matado suavemente
entre el cabello de su mujer, la Juana Vásquez,
a la hora del fuego, al año del balazo
y cuando andaba cerca ya de todo.
Pedro Rojas, así, después de muerto,
se levantó, besó su catafalco ensangrentado,
lloró por España
y volvió a escribir con el dedo en el aire:
"¡Viban los compañeros! Pedro Rojas".

Su cadáver estaba lleno de mundo.

IV

LOS mendigos pelean por España,
mendigando en París, en Roma, en Praga
y refrendando así, con mano gótica, rogante
los pies de los Apóstoles, en Londres, en New York, en
(México.
Los pordioseros luchan suplicando infernalmente
a Dios por Santander,
la lid en que ya nadie es derrotado.
Al sufrimiento antiguo
danse, encarnízanse en llorar plomo social
al pie del individuo,
y atacan a gemidos, los mendigos,
matando con tan sólo ser mendigos.

Ruegos de infantería
en que el arma ruega del metal para arriba,
y ruega la ira, más acá de la pólvora iracunda.
Tácitos escuadrones que disparan
con cadencia mortal, su mansedumbre,
desde un umbral, desde sí mismos, ¡ay!, desde sí mismos.
Potenciales guerreros,
sin calcetines al calzar el trueno,
satánicos, numéricos,

arrastrando sus títulos de fuerza,
migaja al cinto,
fusil doble calibre: sangre y sangre.
¡El poeta saluda al sufrimiento armado!



IMAGEN ESPAÑOLA DE LA MUERTE

AHI pasa! ¡Llamadla! ¡Es su costado!
Ahí pasa la muerte por Irún:
sus pasos de acordeón, su palabrota,
su metro del tejido que te dije,
su gramo de aquel peso que he callado... ¡si son ellos!

¡Llamadla! ¡Daos prisa! Va buscándome en los rifles,
como que sabe bien dónde la venzo,
cuál es mi maña grande, mis leyes especiosas, mis códigos
(terribles.
¡Llamadla!, ella camina exactamente como un hombre,
(entre las fieras,
se apoya en aquel brazo que se enlaza a nuestros pies
cuando dormimos en los parapetos
y se pára a las puertas elásticas del sueño.
¡Gritó! ¡Gritó! ¡Gritó su grito nato, sensorial!
Gritará de vergüenza, de ver cómo ha caído entre las plantas,
de ver cómo se aleja de las bestias,
de oír cómo decimos: ¡Es la muerte!
¡De herir nuestros más grandes intereses!

(Porque elabora su hígado la gota que te dije, camarada;
porque se come el alma del vecino).
¡Llmadla! Hay que seguirla
hasta el pie de los tanques enemigos,
que la muerte es un sér sido a la fuerza,
cuyo principio y fin llevo grabados
a la cabeza de mis ilusiones,
por mucho que ella corra el peligro corriente que tú,
que tú sabes
y que haga como que hace que me ignora.

¡Llamadla! No es un sér, muerte violenta,
sino, apenas, lacónico suceso;
más bien su modo tira, cuando ataca,
tira a tumulto simple, sin órbitas ni cánticos de dicha;
más bien tira a su tiempo audaz, a céntimo impreciso
y sus sordos quilates, a déspotas aplausos.
¡Llamadla!, que en llamándola con saña, con figuras,
se la ayuda a arrastrar sus tres rodillas,
como, a veces,
a veces duelen, punzan fracciones enigmáticas, globales,
como, a veces, me palpo y no me siento.

¡Llamadla! ¡Daos prisa! Va buscándome,
con su coñac, su pómulo moral,
sus pasos de acordeón, su palabrota.
¡Llamadla! No hay que perderle el hilo en que la lloro.
De su olor para arriba, ¡ay de mi polvo, camarada!
De su pus para arriba, ¡ay de mi férula, teniente!
De su imán para abajo, ¡ay de mi tumba!

VI

CORTEJO TRAS LA TOMA DE BILBAO

HERIDO y muerto, hermano,
criatura veraz, republicana, están andando en tu trono,
desde que tu espinazo cayó famosamente;
están andando, pálido, en tu edad flaca y anual,
laboriosamente absorta ante los vientos.

Guerrero en ambos dolores,
siéntate a oír, acuéstate al pie del palo súbito,
inmediato de tu trono;
voltea;
están las nuevas sábanas, extrañas;
están andando, hermano, están andando.

Han dicho: "¡Cómo! ¡Dónde!...", expresándose
en trozos de paloma,
y los niños suben sin llorar a tu polvo.
Ernesto Zúñiga, duerme con la mano puesta,
con el concepto puesto,
en descanso tu paz, en paz tu guerra.

Herido mortalmente de vida, camarada,
camarada jinete,

camarada caballo entre hombre y fiera,
tus huesecillos de alto y melancólico dibujo
forman pompa española,
laureada de finísimos andrajos.

Siéntate, pues, Ernesto,
oye que están andando, aquí, en tu trono,
desde que tu tobillo tiene canas.
¿Qué trono?
¡Tu zapato derecho! ¡Tu zapato!

13 de septiembre 1937

VII

VARIOS días el aire, compañeros,
muchos días el viento cambia de aire,
el terreno, de filo,
de nivel el fusil republicano.
Varios días España está española.

Varios días el mal
moviliza sus órbitas, se abstiene,
paraliza sus ojos escuchándolos.
Varios días orando con sudor desnudo,
los milicianos cuélganse del hombre.
Varios días, el mundo, camaradas,
el mundo está español hasta la muerte.

Varios días ha muerto aquí el disparo
y ha muerto el cuerpo en su papel de espíritu
y el alma es ya nuestra alma, compañeros.
Varios días el cielo,
éste, el del día, el de la pata enorme.

Varios días, Guijón;
muchos días, Guijón;
mucho tiempo, Guijón;
mucha tierra, Guijón;

mucho hombre, Guijón;
y mucho dios, Guijón,
muchísimas Españas ¡ay!, Guijón.

Camaradas,
varios días el viento cambia de aire.

5 de Noviembre de 1937.

VIII

AQUI,
Ramón Collar,
prosigue tu familia soga a soga,
se sucede,
en tanto, que visitas, tú, allá, a las siete espadas, en Madrid,
en el frente de Madrid.

¡Ramón Collar, yuntero
y soldado hasta yerno de su suegro,
marido, hijo limítrofe del viejo Hijo del Hombre!
Ramón de pena, tú, Collar valiente,
paladín de Madrid y por cojones. ¡Ramonete,
aquí,
los tuyos piensan mucho en tu peinado!

¡Ansiosos, ágiles de llorar, cuando la lágrima!
¡Y cuando los tambores, andan; hablan
delante de tu buey, cuando la tierra!

¡Ramón! ¡Collar! ¡A ti! ¡Si eres herido,
no seas malo en sucumbir; refrénate!
Aquí,
tu cruel capacidad está en cajitas;
aquí,

tu pantalón oscuro, andando el tiempo,
sabe ya andar solísimo, acabarse;
aquí,
Ramón, tu suegro, el viejo,
te pierde a cada encuentro con su hija!

Te diré que han comido aquí tu carne,
sin saberlo,
tu pecho, sin saberlo,
tu pie;
pero cavilan todos en tus pasos coronados de polvo!

¡Han rezado a Dios,
aquí;
se han sentado en tu cama, hablando a voces
entre tu soledad y tus cositas;
no sé quién ha tomado tu arado, no sé quién
fue a ti, ni quién volvió de tu caballo!

Aquí, Ramón Collar, en fin, tu amigo.
¡Salud, hombre de Dios, mata y escribe!

10 de septiembre 1937.

IX

PEQUEÑO RESPONSO A UN HEROE DE LA REPUBLICA

UN libro quedó al borde de su cintura muerta,
un libro retoñaba de su cadáver muerto.
Se llevaron al héroe,
y corpórea y aciaga entró su boca en nuestro aliento;
sudamos todos, el ombligo a cuestas;
caminantes las lunas nos seguían;
también sudaba de tristeza el muerto.

Y un libro, en la batalla de Toledo,
un libro, atrás un libro, arriba un libro, retoñaba del cadáver.

Poesía del pómulo morado, entre el decirlo
y el callarlo,
poesía en la carta moral que acompañara
a su corazón.
Quedóse el libro y nada más, que no hay
insectos en la tumba,
y quedó al borde de su manga el aire remojándose
y haciéndose gaseoso, infinito.

Todos sudamos, el ombligo a cuestas,
también sudaba de tristeza el muerto
y un libro, yo lo vi sentidamente,
un libro, atrás un libro, arriba un libro
retoñó del cadáver exabrupto.

10 de septiembre 1937

X

INVIERNO EN LA BATALLA DE TERUEL

¡CAE agua de revólveres lavados!
Precisamente
es la gracia metálica del agua,
en la tarde nocturna en Aragón,
no obstante las construidas yerbas,
las legumbres ardientes, las plantas industriales.

Precisamente,
es la rama serena de la química,
la rama de explosivos en un pelo,
la rama de automóviles en frecuencias y adioses.

Así responde el hombre, así, a la muerte,
así mira de frente y escucha de costado,
así el agua, al contrario de la sangre, es de agua,
así el fuego, al revés de la ceniza, alisa sus rumiantes ateridos.

¿Quién va, bajo la nieve? ¿Están matando? No.
Precisamente,
va la vida coleando, con su segunda soga.

¡Y horrísima es la guerra, solivianta,
lo pone a uno largo, ojoso;
da tumba la guerra, da caer,
da dar un salto extraño de antropoide!
Tú lo hueles, compañero, perfectamente,
al pisar
por distracción tu brazo entre cadáveres;
tú lo ves, pues tocaste tus testículos, poniéndote rojísimo;
tú lo oyes en tu boca de soldado natural.

Vamos, pues, compañero;
nos espera tu sombra apercibida,
nos espera tu sombra acuartelada,
mediodía capitán, noche soldado raso...
Por eso, al referirme a esta agonía,
aléjome de mí gritando fuerte:
¡Abajo mi cadáver!... Y sollozo.



XI

MIRÉ el cadáver, su raudo orden visible
y el desorden lentísimo de su alma;
le vi sobrevivir; hubo en su boca
la edad entrecortada de dos bocas.
Le gritaron su número: pedazos.
Le gritaron su amor: ¡más le valiera!
Le gritaron su bala: ¡también muerta!

Y su orden digestivo sosteníase
y el desorden de su alma, atrás, en balde.
Le dejaron y oyeron, y es entonces
que el cadáver
casi vivió en secreto, en un instante;
mas le auscultaron mentalmente, ¡y fechas!

3 de septiembre 1937.

XII

MASA

AL fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: "¡No mueras; te amo tanto!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:
"¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: "¡Tanto amor, y no poder nada contra la muerte!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: "¡Quédate hermano!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado:
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar...

10 de noviembre de 1937.

XIII

REDOBLE FUNEBRE A LOS ESCOMBROS DE DURANGO

PADRE polvo que subes de España,
Dios te salve, libere y corone,
padre polvo que asciendes del alma.

Padre polvo que subes del fuego,
Dios te salve, te calce y dé un trono,
padre polvo que estás en los cielos.

Padre polvo, biznieto del humo,
Dios te salve y ascienda a infinito,
padre polvo, biznieto del humo.

Padre polvo en que acaban los justos,
Dios te salve y devuelva a la tierra,
padre polvo en que acaban los justos.

Padre polvo que creces en palmas,
Dios te salve y revista de pecho,
padre polvo, terror de la nada.

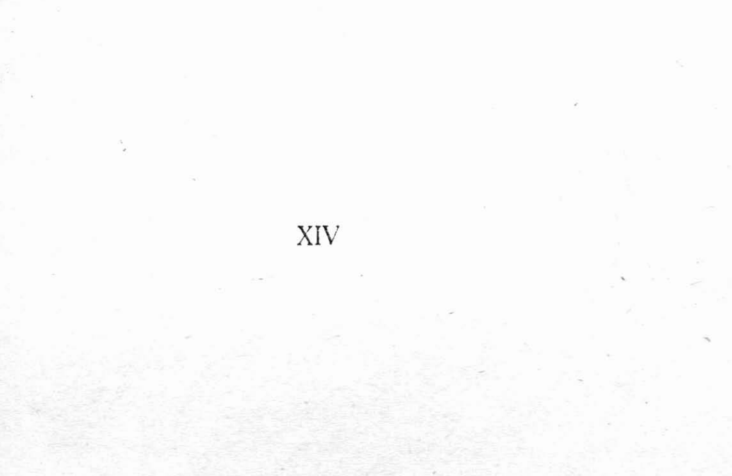
Padre polvo, compuesto de hierro,
Dios te salve y te dé forma de hombre,
padre polvo que marchas ardiendo.

Padre polvo, sandalia del paria,
Dios te salve y jamás te desate,
padre polvo, sandalia del paria.

Padre polvo que avientan los bárbaros,
Dios te salve y te ciña de dioses,
padre polvo que escoltan los átomos.

Padre polvo, sudario del pueblo,
Dios te salve del mal para siempre,
padre polvo español, ¡padre nuestro!

Padre polvo que vas al futuro,
Dios te salve, te guíe y te dé alas,
padre polvo que vas al futuro.



XIV

ESPAÑA,
APARTA DE MI ESTE CALIZ

NIÑOS del mundo,
si cae España —digo, es un decir—
si cae
del cielo abajo su antebrazo que asen,
en cabestro, dos láminas terrestres;
niños, ¡qué edad la de las sienes cóncavas!
¡qué temprano en el sol lo que os decía!
¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!
¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!

¡Niños del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestas;
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,
vértigo y división y suma, niños;
está con ella, padres procesales!

Si cae —digo, es un decir— si cae
España, de la tierra para abajo,
niños, ¡cómo vais a cesar de crecer!

¡cómo va a castigar el año al mes!
¡cómo van a quedarse en diez los dientes,
en palote el diptongo, la medalla en llanto!
¡Cómo va el corderillo a continuar
atado por la pata al gran tintero!
¡Cómo vais a bajar las gradas del alfabeto
hasta la letra en que nació la pena!

Niños,
hijos de los guerreros, entretanto,
bajad la voz, que España está ahora mismo repartiendo
la energía entre el reino animal,
las florecillas, los cometas y los hombres.
¡Bajad la voz, que está
con su rigor, que es grande, sin saber
qué hacer, y está en su mano
la calavera hablando y habla y habla,
la calavera, aquélla de la trenza,
la calavera, aquélla de la vida!

¡Bajad la voz, os digo;
bajad la voz, el canto de las sílabas, el llanto
de la materia y el rumor menor de las pirámides, y aun
el de las sienes que andan con dos piedras!

¡Bajad el aliento, y si
el antebrazo baja,
si las férulas suenan, si es la noche,
si el cielo cabe en dos limbos terrestres,
si hay ruido en el sonido de las puertas,
si tardo,
si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta, si la madre
España cae —digo, es un decir—
salid, niños del mundo; id a buscarla!...



XV

¡CUIDATE, España, de tu propia España!
¡Cuídate de la hoz sin el martillo!
¡Cuídate del martillo sin la hoz!
¡Cuídate de la víctima a pesar suyo,
del verdugo a pesar suyo
y del indiferente a pesar suyo!
¡Cuídate del que, antes de que cante el gallo,
negárate tres veces,
y del que te negó, después, tres veces!
¡Cuídate de las calaveras sin las tibias,
y de las tibias sin las calaveras!
¡Cuídate de los nuevos poderosos!
¡Cuídate del que come tus cadáveres,
del que devora muertos a tus vivos!
¡Cuídate del leal ciento por ciento!
¡Cuídate del cielo más acá del aire
y cuídate del aire más allá del cielo!
¡Cuídate de los que te aman!
¡Cuídate de tus héroes!
¡Cuídate de tus muertos!
¡Cuídate de la República!
¡Cuídate del futuro!...

INDICE

